

España “Boba”, España “Calavera” y España “Madre y Maestra”: Las relaciones hispano-dominicanas en la conformación de las respectivas identidades nacionales¹

Eduardo González Calleja²

La República Dominicana es el único país de Latinoamérica que ha sufrido la dominación de dos potencias europeas y de una americana entre 1795 y 1873, y que ha retornado voluntariamente a la soberanía de su primitiva metrópoli en dos ocasiones: en 1809-1821 y en 1861-1865. Estos hechos, a todas luces excepcionales en la historia del continente, pueden invitarnos a realizar una breve reflexión sobre la especial relación que el nacionalismo dominicano ha tenido y tiene con lo hispánico, y el eco que la reincorporación de los años

1. El presente artículo es el texto, convenientemente adaptado, de la conferencia pronunciada en el Centro de Estudios Dominicanos de la Fundación Global Democracia y Desarrollo (FUNGLODE), el 28 de junio de 2005, durante la presentación del libro de Eduardo González Calleja y Antonio Fontecha Pedraza. *Una cuestión de honor. La polémica sobre la Anexión de Santo Domingo vista desde España (1861-1865)*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo, Editora Amigo del Hogar, 2005.
2. Doctor en Historia por la Universidad Complutense, profesor de la Universidad Carlos III y Miembro del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científica, instituciones con sus sedes en Madrid, España.



sesenta del siglo XIX tuvo en la exaltación y el fracaso de un “nuevo” nacionalismo español basado en el expansionismo neocolonial.

Como creaciones culturales y como sujetos movilizados de gran éxito en la historia contemporánea, los Estados nacionales han ido generando sus propios símbolos y sus particulares mitos identificadores al hilo de los grandes acontecimientos históricos, y uno de los más poderosos generadores de identidad son, sin duda, los conflictos armados que llaman la atención y movilizan a grandes masas de población.

Las vicisitudes de la Anexión y Abandono de Santo Domingo por parte de España entre 1861 y 1865 se convirtieron en hechos fundamentales para entender la formación de las respectivas identidades nacionales. Una identidad que, en el caso dominicano, aparece condicionada por tres factores en estrecha interacción conflictiva: la tradición hispánica multiseccular atesorada por la sociedad criolla; la presencia –o amenaza– de lo haitiano como “el otro” irreductible e inasimilable; y, como derivación de este peligro doméstico, la necesidad de que la nacionalidad quedase sometida a la tutela de otras potencias que intervinieron –e interfirieron– en los asuntos internos de la isla Española en función de intereses globales de carácter colonialista o imperialista.

Estas tres alternativas (adscripción a España, asimilación a Haití e independencia más o menos tutelada) ya estuvieron presentes en el difícil y prolongado tránsito dominicano desde el estatus de colonia al de nación independiente. Las guerras revolucionarias francesas tuvieron en la isla un escenario especialmente conflictivo, donde los conflictos bélicos entre potencias se solaparon con un violento conflicto social y racial.



Toussaint Louverture abandonó a los españoles y abrazó la causa de la libertad de los negros apoyando al Gobierno Revolucionario Francés, y poniendo en 1795 la zona fronteriza en situación crítica.

Tras la firma del Tratado de Basilea el 22 de julio de 1795, el Gobierno Español cedió Santo Domingo a Francia, que ya poseía la colonia de Saint-Domingue que en 1804 se independizó con el nombre de Haití. Los pobladores de la Parte Española de la isla, ahora bajo dominio galo, hubieron de sufrir una invasión inglesa en 1797, pero ante la imposibilidad del Gobierno de París de tomar posesión efectiva de esa parte de la isla, Louverture la invadió en enero de 1801.

La nueva intervención francesa, iniciada en febrero de 1802 por el general Leclerc para restablecer el *statu quo* colonial con apoyo de los criollos de Santo Domingo, aceleró la rebelión de los esclavos, en un conflicto que finalizó en 1804 con la revolución social, la Independencia de Haití y el predominio político de la élite mulata y negra haitiana sobre la isla al precio de su ruina total.³

Con el estallido de la Guerra de Independencia en España, se produjo en 1808-1809 un correlato de conflicto emancipador en la Parte Española, encabezado por Juan Sánchez Ramírez (Batalla de Palo Hincado del 7 de noviembre de 1808) y la paralela ocupación inglesa de julio de 1809 que fue el prelude

3. Sobre las vicisitudes de este período, fundamental para la definición de las identidades nacionales de los habitantes de la isla, puede verse la reciente obra del malogrado Fernando Carrera Montero. *Las complejas relaciones de España con la Española: El Caribe Hispano frente a Santo Domingo y Saint-Domingue, 1789-1803*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo, 2004.



del retorno de Santo Domingo a la soberanía de la Corona Española un mes más tarde.

No cabe duda que las luchas contra el Imperio Francés en 1808-1809 (que, como hemos dicho, coincidieron con la rebelión antinapoleónica en España) y las invasiones haitianas de Toussaint (1801) y Dessalines (1805) generaron en Santo Domingo un sentimiento protonacional definido en términos de antihaitianismo y de hispanofilia, compartido por una población mayoritariamente mulata libre o blanca pobre (bajo la denominación de “blanco de la tierra”, dominicano español o criollo dominicano), igualada socialmente sus miséras condiciones de vida y que, a pesar de todo, se consideraba a sí misma española.

La matanza de franceses perpetrada por los haitianos y la devastación causada en el interior de Santo Domingo por Dessalines en marzo-abril de 1805 (que provocó la huida en masa de criollos a Puerto Rico, Cuba y Venezuela) imprimieron de un sentimiento de terror a la psicología del pueblo dominicano, que rechazó instintivamente el modelo social haitiano dominado por los negros como una anomalía histórica frente a la herencia europea dominante en todo el continente americano.

Sin embargo, como ocurrió en 1861, el restablecimiento del orden colonial de 1809 a 1822 marcó los límites de la adhesión sentimental a la metrópoli y un despertar del sentimiento nacional propio en relación con el contexto emancipador latinoamericano. La primera reincorporación a España supuso el restablecimiento del estatus colonial en vez de la independencia que ya empezaba a aflorar en otros puntos del Imperio Español.



Fue la época átona de la llamada “España Boba”, marcada por la incapacidad administrativa de una metrópoli dividida y arruinada por la guerra, que no pudo rectificar la catastrófica situación económica de su colonia desolada tras esta etapa de conflictos. El fracaso de esta tutela se tradujo en continuos rumores de complots emancipadores y golpes de Estado.⁴

Tras la proclamación del Estado Independiente del Haití Español y la expulsión de los representantes de la Monarquía en noviembre de 1821 se intentó la incorporación a la Gran Colombia de Bolívar, pero poco después se aceptó casi de forma forzada la incorporación de Santo Domingo a Haití a raíz de la invasión de Jean-Pierre Boyer en febrero de 1822. Con ello, la aristocracia criolla de origen español cedió su recién alcanzada soberanía a la acción política de la aristocracia criolla haitiana.

El fracaso de la primera reincorporación a la Corona Española (que trajo como secuelas los rumores de invasión española en 1828 y la reclamación oficial al Gobierno Haitiano para la restitución de su antigua colonia en enero de 1830 y las tensiones causadas por la unificación de la isla bajo control haitiano, no hicieron sino estimular ese sentimiento particularista, que se plasmó políticamente en la fundación de la sociedad secreta “La Trinitaria” el 16 de julio de 1838.

En la conjura contra Boyer de los primeros años cuarenta del siglo XIX seguían estando presentes todas las alternativas a la constitución de la nacionalidad dominicana: respecto al problemático asimilacionismo con Haití, los liberales dominicanos de Ramón Mella consideraron en enero de 1843

4. Frank Moya Pons. *Manual de historia dominicana*, 10ª edición. Santo Domingo, Caribbean Publishers, 1995, pp. 211-221.



una alianza con los revolucionarios haitianos de Charles Hérard. La alternativa hispanista se reactivó en 1843-1844, cuando varios delegados dominicanos del llamado por Frank Moya Pons “*grupo proespañol*” solicitaron ayuda al capitán general de Cuba, Leopoldo O’Donnell, para el desencadenamiento de un movimiento revolucionario.

En cuanto a la posibilidad de constitución de un Estado con soberanía limitada, no faltaron tentaciones proinglesas y afrancesadas, con gestiones para un protectorado galo en 1843-1844.⁵ Al final, prevaleció la alternativa netamente separatista, que desembocó en la proclamación de la Independencia el 27 de febrero de 1844 y la subsiguiente Guerra por la Independencia de 1844-1856. Con todo, Buenaventura Báez visitó Madrid, París y Londres en la primavera de 1846 para gestionar el reconocimiento de la República y la constitución de un protectorado.

La Independencia se hizo efectiva, pues, en condiciones muy precarias ante el peligro de nuevas invasiones haitianas, a las que se tuvo que hacer frente en las Campañas de 1844, 1845, 1849 y 1855-1856. Por otro lado, el hispanismo como reflejo defensivo de la nacionalidad se reforzó ante los intentos norteamericanos de comprar la bahía y la península de Samaná en 1854 y 1856.

No es sorprendente que al final se optase por la tantas veces acariciada alternativa híbrida de un protectorado español. A diferencia de los Duarte, Sánchez o Mella, nacionalistas

5. *Ibidem.*, pp. 268-269. Sobre las ambiciones francesas de establecer un protectorado y una base en Samaná, ver también Charles C. Hauch. “Attitudes of Foreign Governments Towards the Spanish Occupation of the Dominican Republic”. *The Hispanic American Historical Review*, Vol. XXVII, N° 2, May 1947, p. 253.



independentistas que pasaron largos años en el destierro, la generación caudillista de los Báez o Santana no era partidaria de la soberanía nacional, sino que, para evitar la repetición del “mal ejemplo haitiano”, creía necesario encomendar la nación a un protectorado, o en caso extremo, propiciar una simple anexión.⁶

Desde la perspectiva peninsular, la reincorporación de Santo Domingo a la Monarquía también resultó de gran trascendencia, si se entiende como el punto álgido de un intento de actualización de un sentimiento nacional demasiado vinculado hasta entonces a valores premodernos como el catolicismo o la Monarquía tradicional.

José Álvarez Junco ha analizado el proceso de construcción y la virtualidad movilizadora de la identidad nacional española a través de su progresiva definición en torno a cuatro períodos bélicos: la Guerra de Independencia respecto de Francia de 1808-1814, las aventuras expansionistas vinculadas a la “política de prestigio” de la Unión Liberal a mediados del siglo XIX, la derrota frente a Estados Unidos en 1898 y la Guerra Civil de 1936-1939.⁷

En el período que nos interesa, las aventuras expansionistas vinculadas a la “política de prestigio” de la Unión Liberal, que comenzaron en la Guerra de Marruecos de 1859-60 y terminaron con la Guerra de la Restauración dominicana de 1863-1865 y el conato de guerra en el Pacífico de 1866, fueron

6. Francisco Antonio Avelino. “Reflexiones sobre la Guerra de la Restauración”. Revista *Clio*, Año 70, N° 164, p. 20. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia N° 164, junio-diciembre de 2002.
7. José Álvarez Junco. “El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras”. En Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (editores). *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza, 1997, pp. 35-67.



la reafirmación episódica de un nacionalismo español ya consolidado que aspiraba a alcanzar el estadio imperialista. En un libro reciente, el propio Álvarez Junco confirma el designio nacionalizador de estas empresas frustradas, y las califica como el momento de identificación popular más intenso que se dio a lo largo del siglo XIX en torno a una remozada idea imperial.

A la larga, estas aventuras neocoloniales emprendidas en Asia, África y América fueron la única movilización bélica de importancia entre la devastadora, pero idealizada, guerra de 1808-1814 y la mucho menos dañina, pero más dura de digerir, de 1898.⁸ Pero tampoco hay que olvidar el ciclo bélico interno y ultramarino de 1868-1898 (rebeliones cantonal, carlista, cubana y filipina) y el colonial de 1893-1927 en torno a Marruecos.

En un país como España, que no se había involucrado en ninguna gran conflagración internacional desde las guerras napoleónicas y las independencias americanas de inicios del siglo XIX, las experiencias de guerra más intensas y duraderas desde 1840 hasta 1868 tuvieron que ver con este ciclo de conflicto neocolonialista de 1859-1866 que ha dado lugar al apelativo de “España Calavera” para caracterizar su agresiva y poco planificada ejecutoria internacional:⁹ en primer lugar,

8. José Álvarez Junco. *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid, Taurus, 2001, p. 518.
9. El término fue utilizado por Nelson Durán de la Rúa. *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina. Una convivencia frustrada, 1854-1868*. Madrid, Akal, 1979, pp. 225-276. Sobre algunos de estos proyectos intervencionistas, véanse los trabajos de James W. Cortada. “Diplomatic Rivalry Between Spain and the United States over Chile and Peru, 1864-1871”. *Inter-American Economic Affairs*, N° 27, Spring 1974, pp. 47-57; William Columbus Davis. *The Last of the Conquistadores. Spanish Intervention in Peru and Chile, 1863-1866*. Georgia, University of Georgia Press, 1950; Gustavo Pons Muzzo. *Historia del*



la intervención en Cochinchina como potencia subalterna de Francia en 1858-1863.

En segundo lugar, la llamada Guerra de África que estalló el octubre de 1859 en torno al *hinterland* de Ceuta y finalizó en abril de 1860 con el tratado de Paz de Tetuán. Una “*guerra grande y una paz chica*”, a decir de los cronistas de la época, que costó 10,000 bajas y 236 millones de reales frente a la indemnización obtenida de 400,000 reales más el territorio de Ifni, que no fue ocupado efectivamente hasta los años treinta del siglo XX.

El momento culminante de esta coyuntura expansionista se produjo en 1861-1865 en el área del Caribe. En el contexto de la Guerra Civil Mexicana de 1857-1861, y con la excusa del cese de los pagos de la deuda, el Pacto firmado en Londres en octubre de 1861 condujo a España a intervenir en México al lado de Francia y Gran Bretaña, hasta el giro consumado en la convención de La Soledad firmada por Prim y Juárez en febrero de 1862 y el retorno del contingente español a Cuba en abril.

La coincidencia con la guerra en Santo Domingo, la acción española se extendió al Pacífico con el conflicto contra Perú, Chile y Ecuador en 1862-1871, con hitos como el bloqueo de las costas chilenas el 24 de septiembre de 1865, el bombardeo de Valparaíso el 31 de marzo de 1866 y el combate de El Callao

conflicto entre el Perú y España (1864-1866). Lima, Iberia, 1966; Eloy Martín Corrales (editor), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912)*. De la guerra de África a la “*penetración pacífica*”. Barcelona, Edicions Bellatera, 2002, pp. 13-77; Carlos Serrano y L. C. Lecuyer. *La Guerre d’Afrique et ses répercussions en Espagne, 1859-1904*. París, Presses Universitaires de France, 1976; y de forma más general, Emilio Esteban-Infantes y Martín. *Expediciones españolas: siglo XIX*. Prólogo del conde de Romanones. Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1949.



el 2 de mayo de ese año. Esta actitud agresiva acarreó un duradero distanciamiento político con los países de la cuenca del Pacífico, ya que el Tratado de Paz y Amistad con Perú no se firmó hasta agosto de 1879.¹⁰

Ese nacionalismo de cuño aún romántico, alimentado con la participación emocional en la “*retórica de la acción*”, según palabras de José María Jover,¹¹ vino acompañado de un significativo *revival* historicista, donde las referencias indirectas o circunstanciales al glorioso pasado imperial trataron de legitimar a empresa de cara a una opinión pública aún mal formada e informada. Así ocurrió con la expedición contra la República Romana en 1849, dirigida, como a fines del siglo XV, por un Fernández de Córdova bajo las órdenes de otra reina Isabel, o con la expedición a México, donde Prim y su esposa criolla Francisca Agüero González pudieron aparecer por un instante como la reencarnación de Cortés y la Malinche.

La intervención en Cochinchina se quiso vincular con la labor evangelizadora de Francisco Javier; la guerra de Marruecos (la única empresa que movilizó de forma sustancial el fervor patriótico de los españoles) parecía la desembocadura natural de la empresa secular de Reconquista y ejecución virtual del testamento de Isabel la Católica, que había ordenado a sus sucesores que “*no cesasen en la conquista de África*”.

10. El Tratado de Paz y Amistad firmado por el marqués de Molins y Juan Mariano Goyeneche en París el 14 de agosto de 1879 y el Tratado Adicional firmado en Lima el 16 de julio de 1897 entre Julio Arellano y Enrique Riva Agüero. En *Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores*, Madrid, Subfondo Tratados siglo XIX, TR 521 y 543.
11. José María Jover Zamora. “Prólogo” a *La Era Isabelina y el Sexenio Democrático (1834-1874)*. En Ramón Menéndez Pidal, *Historia de España*, tomo XXXIV, p. CXLVIII. Madrid, Espasa-Calpe, 1981.



Incluso un escritor de notorias simpatías republicanas como Benito Pérez Galdós pudo evocar en su novela *Aita Tettauen* este pasado legendario:

“Vemos en manos del valiente O’Donnell la cruz de Las Navas, y en las manos de los otros caudillos la espada de Cortés, el mandoble de Pizarro y el bastón glorioso del Gran Capitán. Las sombras augustas del emperador Carlos V y del gran Cisneros nos hablan desde los negros muros de Túnez y de Orán”.¹²

La expedición de la flota española contra las repúblicas ribereñas del Pacífico parecía hacer renacer los “*pujos de Lepanto*”. Y la reincorporación de Santo Domingo a la Corona española tampoco pudo sustraerse al símbolo omnipresente de Cristóbal Colón y de su mecenas Isabel la Católica.¹³

Entre la leyenda y la realidad de esta “España Calavera”, pujante y agresiva, lo cierto es que la Guerra de África de 1859-1860 fue la única intervención militar victoriosa, generadora de un sentimiento popular donde se mezclaba el nacionalismo, la retórica católica tradicionalista de la “*cruzada contra el infiel*” y la moderna exaltación militarista del Ejército. En todo caso, tanto la ecuación guerra=fortalecimiento del espíritu nacionalizador como su inversa no resultan ciertas en el caso español.

Es preciso dejar constancia del fracaso del nacionalismo español del siglo XIX como factor movilizador tanto en la crisis bélica múltiple (peninsular y ultramarina) de 1820-1823 como

12. Benito Pérez Galdós. *Aita Tettauen*, en *Obras Completas*, Vol. III, p 238. Madrid, Aguilar, 1968.
13. José María Jover Zamora. “Prólogo” a *La Era Isabelina...*, p. XCII y Eduardo González Calleja y Antonio Fonteche Pedraza. *Una cuestión de honor...*, p. 4.



en la Guerra Civil de 1833-1840, donde, además, la rebeldía carlista logró articular, en una opción política de gran influjo social a lo largo del siglo XIX, la oposición entre la identidad religiosa y monárquica del *Ancien Régime* y la identidad nacional y patriótica propias del liberalismo.

La aceptación, en este contexto exterior e interior, del proceso anexionista dominicano fue, en muchos aspectos, un hecho excepcional. El que una colonia emancipada retornase a manos de la metrópoli tras veinte años de independencia es un hecho único e irrepetible en la historia latinoamericana. Este proceso reintegrador, asumido por el Gobierno Español como un *fait accompli*, tiene su explicación parcial en un contexto favorable en la escena doméstica e internacional.

Entre 1854 y 1866 España vivió el ciclo económico alcista más importante del siglo, basado en cuatro soportes básicos: la expansión del comercio exterior, favorecido por una política crecientemente librecambista desde los años 1840; la llegada masiva de capital extranjero para la explotación ferroviaria y minera y la inversión en deuda pública, marcada con la aparición desde 1856 de los grandes establecimientos extranjeros de crédito, sobre todo francés; la expansión del cultivo de cereales y el desarrollo de un mercado de consumo interregional gracias a una mejora evidente de las comunicaciones (5,000 km. de ferrocarril y 3,000 km. de carreteras principales en 1866; y la implantación del telégrafo en 1855 y mejora del sistema postal.

El comercio con las Antillas españolas también aumentó casi un 50% en relación con el volumen del lustro 1852-1856. Fue la época en que se remodeló la Puerta del Sol en Madrid y se inauguró el Canal de Isabel II, que abastecía de agua a los 300,000 habitantes de una capital que aumentaba sin cesar su población



gracias al crecimiento biológico y a la emigración campesina posibilitada por el ferrocarril. Pero sólo un 30% de la población sabía leer y escribir, con lo que las alusiones a la existencia de una opinión pública verdaderamente formada resultaban, para esta época, bastante anacrónicas e improcedentes.

El año de 1863 fue, precisamente, el de mayor euforia económica, pero a partir de 1864 se constataron los primeros síntomas de crisis: la Guerra de Secesión norteamericana paralizó las importaciones de algodón y en 1865 se produjo un *crack* financiero en medios internacionales que arrastró a sectores como el textil, siderúrgico y ferroviario.

Eran las disfunciones sufridas por una economía intensamente dependiente de los flujos financieros del extranjero, e incapaz de un desarrollo propio y autosostenido. La restricción de créditos agudizó una crisis social que condujo directamente a la crisis política y a la caída de la monarquía en septiembre de 1868.

Desde el punto de vista político, 1863 fue el momento culminante del llamado “Gobierno largo” de la Unión Liberal, presidido por el general Leopoldo O’Donnell desde junio 1858 a marzo 1863, y que fue el más prolongado y estable del siglo. El fracaso de la intervención en México (1861-1862) fue una de las razones del retorno de muchos unionistas “resellados” al seno del progresismo (fue el caso del general Juan Prim) y de la dimisión de Leopoldo O’Donnell que marcó el comienzo de la pendiente hacia la crisis final de la monarquía borbónica.

Es bien sabido que, tras las convulsiones de la guerra carlista y la consolidación en el trono de Isabel II, la política exterior de la época estaba más pendiente de los problemas de ultramar que de los europeos, ya que la principal obsesión de



los gobiernos era mantener el *statu quo* antillano frente a la creciente presión de los Estados Unidos.

Como dice Cristóbal Robles, la anexión fue la primera barrera impuesta para la defensa de Cuba y Puerto Rico en un momento en que los Estados Unidos pensaban expandirse hacia el sur y obtener los enclaves que abrían el golfo de México.¹⁴ Para ello, España se vinculó estratégicamente a otras potencias europeas con presencia o intereses en la zona, como Gran Bretaña en la primera mitad de siglo o Francia en los años 1850-1860.

La creación del Ministerio de Ultramar en 1858 fue, a pesar de su escasa eficacia, un síntoma del renovado interés gubernamental por los asuntos ultramarinos, donde se jugaba la última carta de su presencia internacional. Ello contrastaba con el escaso interés y conocimiento de los temas coloniales que tenía la inmensa mayoría de los españoles, la escasa e incoherente atención que le prestaron los partidos políticos y la consideración de que las colonias debían ser conservadas por razones eminentemente sentimentales y de prestigio (retórica de la unidad familiar), sin reparar, salvo excepciones, en la importancia que tenían estas colonias para afrontar el reparto del mundo que estaban abordando los modernos imperialismos.

Nuestro trabajo sobre el proceso de Anexión y Abandono de Santo Domingo visto desde España trata de introducir la diversidad de matices existentes en el debate político sobre la Anexión. Pasado el primer momento de euforia, y tras no

14. Cristóbal Robles Muñoz. *Paz en Santo Domingo (1861-1865). El fracaso de la anexión a España*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987, pp. 54, 86, 97 y 111-113.



pocas vacilaciones previas, se pudo constatar la ausencia de unanimidad entre los partidos, aunque para los gobiernos que se fueron sucediendo la gran obsesión fue compulsar la opinión de la población dominicana.

Ya en 1863 algunos españoles comenzaron a poner en tela de juicio las ventajas de la incorporación, y la cuestión dominicana, como la mexicana, pasó a ser arma en la lucha de los partidos. En contraste con la cerrada defensa de la decisión anexionista por parte del declinante unionismo, los moderados eran abanderados de un nacionalismo más introvertido y retrospectivo, donde el modelo centralizado de Estado nacional avanzó a costa de una merma sustancial de su proyección en el exterior.

Por su parte, los progresistas aceptaron la idea de la Anexión, pero con una actitud recelosa que, a su juicio, dependía del éxito final del proceso en función de su legitimación por parte de las Cortes Españolas y la voluntad libremente expresada por el pueblo dominicano, al que consideraba acreedor a las mismas libertades que gozaban los peninsulares, con lo que replanteaba implícitamente el problema de la extensión del sistema esclavista antillano.

Similar actitud mantenían los demócratas, que siempre habían propugnado para las colonias igualdad de derechos con las provincias peninsulares (con las consiguientes reformas en Cuba y Puerto Rico para la revisión del estatus esclavista), y el reconocimiento del derecho a poder enviar sus representantes a Cortes Constituyentes. En el desarrollo de la crisis bélica final fueron los principales defensores del derecho de libre determinación del pueblo dominicano.



A esas alturas del siglo XIX, la población dominicana ya no esperaba tanto una recuperación nostálgica de los valores hispánicos tradicionales como la incorporación del territorio a la modernidad a través de la eficiencia administrativa (menos impuestos, mayor estabilidad monetaria, administración racionalizada, etc.) que parecía característica de los imperialismos que iniciaban su etapa de plenitud en aquellos años.

Por ello, fue la incompetencia mostrada por lo burócratas peninsulares en resolver los problemas financieros y la amenaza de implantación de prácticas discriminatorias copiadas de Cuba y Puerto Rico lo que decidió a muchos a tomar las armas en contra de una metrópoli donde aún dominaba una visión premoderna de los asuntos coloniales.

La reincorporación de Santo Domingo, ocurrida al poco de la victoria de África y casi simultáneamente con el inicio de la cuestión mexicana, marcó el cenit de la expansión española del siglo XIX. Según José Álvarez Junco, fue

“el momento de nacionalización más intenso alrededor de la idea imperial a lo largo de todo el siglo XIX”.¹⁵

Pero el fiasco de México selló la suerte de este expansionismo irreflexivo, junto con el apoyo de los Estados Unidos a los patriotas dominicanos una vez pasado el peligro del reconocimiento europeo a los Estados Confederados en los Estados Unidos. El fin de la aventura dominicana, en plena crisis económica y al precio de 30,000 vidas y 392 millones de reales de pérdidas, destruyó de golpe las pretensiones españolas de hegemonía espiritual en América, y marcó el

15. José Álvarez Junco. “El nacionalismo español como mito...”, p. 518.

punto de arranque de las última grandes rebeliones contra el poder colonial español: el “Grito de Yara” en el Oriente cubano el 10 de octubre de 1868 y el “Grito de Lares” en Puerto Rico el 23 de septiembre de 1868.

Se podría afirmar que la Guerra de la Restauración, con su carácter híbrido de guerra popular de liberación nacional y social,¹⁶ pero también de guerra civil larvada, abrió el camino al moderno nacionalismo dominicano, emancipado tanto de la tentación hispanista cifrada en la tutela de la antigua metrópoli en 1865 como de la histórica vinculación con el vecino haitiano, cuyo peligro desapareció virtualmente entre el Tratado de Paz del 9 de noviembre de 1874 y el pago de las deudas contraídas por el mismo en 1879.

También se podría aventurar que la rebelión no fue contra la esencia identitaria que representaba España, sino contra las expectativas de desarrollo material y político generadas por la Anexión, que sólo se plasmaron en un incremento de la burocracia y de la intolerancia peninsulares.

Tras la Guerra de la Restauración, una buena parte de dominicanos siguieron vinculados sentimentalmente a la civilización hispánica como elemento básico de su identidad nacional, mientras que en España se difundía el Hispanismo como sustituto cultural del imperio perdido.¹⁷ Es muy significativo que la reactivación de la hispanofilia se vinculara

16. Juan Bosch. *La Guerra de la Restauración*, 9ª edición. Santo Domingo. Editora Corripio, 1998, pp. 102-105.

17. Mark J. Van Aken. *Pan-Hispanism: Its Origin and Development to 1866*. Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1959 y Fredrick B. Pike. *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*. Nôtre Dame-Londres, University of Nôtre Dame Press, 1977.



de forma polémica a la presencia de una fuerte cultura negra que sigue planteando la discusión sobre los orígenes del pueblo dominicano.¹⁸ Hace no tanto tiempo, Joaquín Balaguer señalaba que el idioma español y la tradición hispánica fueron

“los únicos muros que le sirvieron de defensa contra la pavorosa ola de color y contra las fuerzas disgregativas que desde 1795 han ido invadiendo, de manera ininterrumpida y sistemática, el territorio dominicano”.¹⁹

A diferencia del resto de repúblicas latinoamericanas, la República Dominicana no festeja su independencia respecto de la metrópoli, sino respecto a su vecino Haití, que la controló por veintidós años (1822-1844). Desde inicios del siglo XX, tras la pérdida por España de los últimos vestigios coloniales, se produce una glorificación de la cultura española por un grupo de intelectuales latinoamericanos vinculados a la corriente “arielista”, entre los que estuvo el dominicano Américo Lugo (1870-1952).

Este *revival* del hispanismo (que podríamos definir brevemente con el enunciado mítico de España como “Madre y Maestra”) se debe, según Franklin J. Franco Pichardo a la falta de estudios históricos auténticamente nacionales y a haberse convertido la identidad hispana en un

18. Franklin J. Franco Pichardo. *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana: contribución a su estudio*. Santo Domingo, Editora Nacional, 1981, p. 72. Señala dicho autor que tras la Guerra de la Restauración la oligarquía dominicana promovió la aparición del indigenismo, pero al poco tiempo retornó la visión filohispanista que estaba vigente en el país desde los tiempos de la colonia.
19. Joaquín Balaguer. *La isla al revés: Haití y el destino dominicano*. Santo Domingo, Fundación José Antonio Caro, 1983, p. 63.



“instrumento de oposición, de combate, contra la penetración del imperialismo norteamericano”

Esto particularmente, desde fines del siglo XIX, como antes fue la bandera del *“instinto de conservación”* nacional contra la amenaza haitiana.²⁰

Y ¿qué significó para España? Como hemos dicho, el fracaso de la Anexión de Santo Domingo formó parte de ese puñado de aventuras exteriores frustradas de la “España Calavera” de mediados del XIX, fielmente representada en el dinamismo político de los gobiernos de la Unión Liberal. Pero sus efectos no se detuvieron allí, sino que el fiasco dominicano fue un significativo antecedente de lo que sucedió años después con otras dos aventuras coloniales, cuya influencia fue patente durante la primera mitad del siglo XX español: Cuba y Marruecos. No cabe duda de que la Guerra de la Restauración fue el incentivo psicológico y el modelo de estrategia de la primera Guerra de Independencia Cubana.²¹

La población española, ha olvidado casi por completo este singular episodio de la historia nacional, que permanece inmortalizado en el callejero de la capital de España. Resulta bastante significativo que, en la actualidad, la plaza de Santo Domingo esté ubicada a mitad de camino de dos espacios urbanos con hondas resonancias ultramarinas: las plazas del Callao y de la Marina Española. Ese es todo el recuerdo que queda de los que para España fue, nada más y nada menos, que una cuestión de honor.

20. Franklin J. Franco Pichardo. *Historia de las ideas políticas...*, p. 94.

21. Francisco Antonio Avelino. “Reflexiones sobre la Guerra de la Restauración...”, p. 27.



Bibliografía

Álvarez Junco, José. “El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras.” En Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (editores). *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid, Alianza Editorial, 1997.

Álvarez Junco, José. *Mater dolorosa. La idea de España en el Siglo XIX*. Madrid, Taurus, 2001.

Avelino García, Francisco Antonio. “Reflexiones sobre la Guerra de la Restauración.” Revista *Clío*, Año 10, N° 164. Academia Dominicana de la Historia, julio-diciembre de 2002.

Balaguer, Joaquín. *La isla al revés*. Haití y el destino dominicano. Santo Domingo, Fundación José Antonio Caro, 1983.

Bosch, Juan. *La Guerra de la Restauración*. 9na. edición. Santo Domingo, Editora Corripio, 1988.

Carrera Montero, Fernando. *Las complejas relaciones de España con la Española. El Caribe Hispano frente a Santo Domingo y Saint-Domingue, 1789-1803*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo, 2004.

Cortada, James W. “Diplomatic Rivalry Between Spain and the United States over Chile and Peru, 1864-1871”. *Inter-American Economic Affairs*, N° 27, Washington, D. C., Spring 1974.

Davis, William Columbus. *The Last of the Conquistadores. Spanish Intervention in Peru and Chile, 1863-1866*. Athens, Georgia, University of Georgia Press, 1950.

Durán de la Rúa, Nelson. *La Unión Liberal y la modernización de la España isabelina. Una convivencia frustrada, 1654-1868*. Madrid, Akal, 1979.



España “Boba”, España “Calavera” y España “Madre y Maestra”...

Franco Pichardo, Franklin J. *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana. Contribución a su estudio*. Santo Domingo, Editora Nacional, 1981.

González Calleja, Eduardo y Fontecha Pedraza, Antonio. *Una cuestión de honor. La polémica sobre la Anexión de Santo Domingo vista desde España, 1861-1865*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo, 2005.

Hauch, Charles C. “Attitudes of Foreign Governments Toward The Spanish Occupation of the Dominican Republic”. *The Hispanic American Historical Review*, Vol. XXVII, N° 2, Durham, North Carolina, Duke University Press, May 1947.

Infantes y Martín, Esteban Emilio. *Expediciones españolas: Siglo XIX*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1949.

Jover Zamora, José María. “Prólogo” a *La Era Isabelina y el Sexenio Democrático, 1834-1874*. En Ramón Menéndez Pidal. *Historia de España*, Tomo XXXIV. Madrid, Espasa-Calpe, 1981.

Martín Corrales, Eloy (editor). *Marruecos y el colonialismo español, 1869-1912. De la guerra de África a la “penetración pacífica”*. Barcelona, Ediciones Bellatera, 2002.

Moya Pons, Frank. *Manual de Historia Dominicana*, 10ma. edición. Santo Domingo, Caribbean Publishers-Editora Corripio, 1995.

Pérez Galdós, Benito. “Aita Tettauen”. En *Obras Completas*, Vol. III. Madrid, Aguilar, 1968.

Pike, Frederic B. *Hispanismo, 1898-1936. Spanish Conservatives and Liberals and Their Relations with Spanish America*. Indiana, University of Notre Dame Press, 1977.

Pons Muzzo, Gustavo. *Historia del conflicto entre Perú y España, 1864-1866*. Lima, Iberia, 1996.



Robles Muñoz, Cristóbal. *Paz en Santo Domingo, 1861-1865. El fracaso de la Anexión a España*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1987.

Serrano, Carlos y Lecuyer, L. C. *La Guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne, 1858-1904*. Paris, Presses Universitaires de France, 1976.

“Tratado de Paz y Amistad firmado por el marqués de Molin y Juan Mariano Goyeneche en París, el 14 de agosto de 1879 y Tratado Adicional firmado entre Julio Arellano y Enrique Riva Agüero en Lima, el 16 de julio de julio de 1897”. *Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores*. Madrid, Subfondo Tratados Siglo XIX, TR 521 y 543.

Van Aken, Mark J. *Pan-Hispanism: Its Origin and Development in 1866*. Berkeley, Los Angeles, University of California Press, 1959.

